





Año 1

REVISTA ILUSTRADA
Director RAFAEL VAÑO SILVESTRE

Núm. 4

EDITADA POR LA OFICINA MUNICIPAL DE INFORMACION Y TURISMO

MENSAJE de NAVIDAD



caballo entre dos años, el 1956 que nace y el 1955 que muere, la revista BAEZA envía un saludo a todos los baezanos. A todos los que están en nuestro pueblo, dando vida con su física presencia y permanencia a nuestra ciudad. Ellos son los que mantienen vivo y fecundo este complejo de tradiciones, familias, economías, anhelos y aspiraciones que es nuestra Baeza, pues como decía el Rey Sabio en Las Partidas, «si todos los moradores del lugar partiesen... de manera que fuese arado el suelo o fincase todo el lugar yermo...» Baeza dejaría de existir.

A los que esparcidos en todas las direcciones de la rosa de los vientos por la piel de toro ibérica, desde las marismas almonteñas hasta las grises nieblas industriales de la factoría de Avilés, siguen siendo baezanos de corazón, preñados de nostalgias y recuerdos, recrudescidos en estos días de fiesta familiar y netamente pueblerina.

A los que por más ansias de venturas y aventuras, traspusieron nuestras fronteras y nuestros mares, para vivir y luchar en las hermanas tierras de América. Profesores universitarios, modestos comerciantes o simples labradores de las Pampas.

A todos, va nuestra salutación de Navidad.

Estas hojas volanderas, hechas de ilusiones y cariño a nuestra patria chica, que de vez en cuando os llevan a vuestros hogares, próximos o lejanos, el recuerdo de lo que fué, es y queremos que sea nuestro pueblo, quieren dar fe en el editorial de este número, con el que BAEZA cumple el primer ciclo anual de su existencia, de su preocupación por todo lo que es baezano.

Además de los monumentos, de la historia y de los proyectos de obras, la vida de Baeza es también un mucho, la de cada paisano que no ha abjurado de su pueblo, de la tierra que le vió nacer, y guarda en el fondo de su alma un lugar para amar a Baeza, como santuario de sus más puras ambiciones. Y cuanto más lejos están, más intensa es la nostalgia. Los que están en Baeza, la viven, la palpan con todos los sentidos y casi no se dan cuenta de lo que significa esto. Pero los ausentes, si saben, ¡y de qué manera! lo que es el dolor de la ausencia.

Aquella última Misa del Gallo oída en un humilde convento de la puerta de Toledo; aquellos villancicos entonados en coro familiar o con los amigos; aquel último paseo en los portales de la Botica a despecho del frío que helaba el aliento, viendo el jolgorio popular de las zambombas y las colleras, bajo la mirada recelosa del cabo de los municipales... vuelve a vivirse con mayor intensidad en cualquier hogar de baezano alejado de su pueblo.

A todos les envía BAEZA el tradicional Felices Pascuas y deseo de prosperidad para el año nuevo 1956.

Exaltación de la mujer española

Por Antonio Tauste Ortega

Traigo en mis manos las rosas
para tejer un romance,
—guirnalda de tu belleza
con que poder coronarte—
en la frente casta y pura
como el alba en los trigales.
Mujer de mi España eterna,
de antiguo y claro linaje,
que como torre gallarda
ni te rindes ni te abates
entre lo falso y lo turbio,
entre el engaño y sus artes;
y cristiana de fé viva
en tus hondas claridades
se te derraman por dentro
las ternuras inefables.
Por española y cristiana,
quiero en mi verso cantarte
y pregonar por la rosa
de los vientos y paisajes,
tu perfección y tu gracia,
tu señorío y donaire,
—nardo y ritmo de tu cuerpo,
soplo de Dios hecho carne—.
Temblor de paloma herida
fuente de goces caudales;
mujer, claridad de espejo,
amorosa, tierna y grave;
campana de limpio son
que purificas el aire.
Agua de acequia escondida
para riegos maternos,
con que fundirse en el hijo
cristiano y recto, a tu imagen.
Risueña ante los desmayos
sabes templar soledades,
restañar abierta herida
y vencer adversidades,
o mostrar con el olvido,
las injurias que te hacen,
derramando en el silencio
lágrimas que no ve nadie.

Eres la luz que ilumina
la esperanza que renace,
el afán de cada hora,
y la caricia constante.
Cabal con tus sutilezas,
ingeniosa en tus desplantes,
popular y cortesana,
exquisita y arrogante.

Aún la sombra de Isabel
te dicta con gesto grave,
la lección maravillosa
de sus sueños imperiales.
Y Teresa de Cepeda,
maestra de santidades,
pone sencillez y gracia
en tus caseros afanes.

¡Ay, que río de piropos
tu gallardía y tu donaire,
deja en labios de los hombres
cuando pasas por la calle!
Palma de luz que se riza,
y canción para arrullarte,
pulan y tensen mi voz
para rendirle a tu talle
en ofrenda desvelada
la flor de mis madrigales.
Finja una lluvia de rosas
mi verso tierno y fragante,
y las fuentes y los días
digan con voz de romance
la turbadora belleza
que te acaricia el semblante.
Espigas de sol se ciernan
para en silencio adorarte;
que el mundo se maraville
prendido de tu donaire,
y España levante airoso
un arco por donde pases.

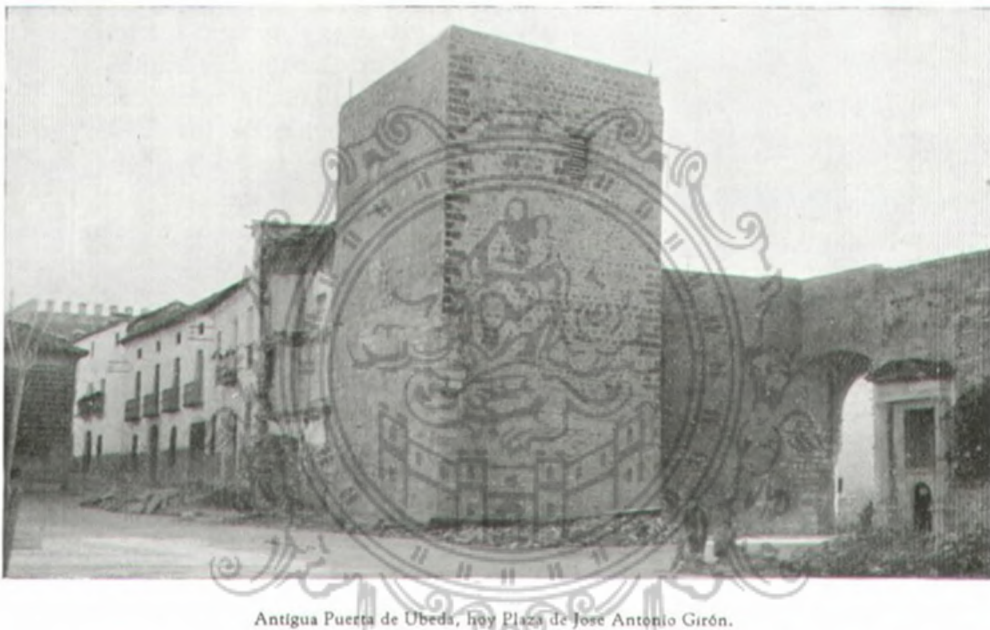
(Premiada con la Flor Natural en el certamen poético del Corpus de Granada de 1952)

«Obras son amores...

...y no buenas razones». La sabiduría popular plasmada en este refrán, sienta como base del interés y afecto a una cosa, un criterio realista y pragmático frente a cualquier idealismo. En el año que acaba, para Baeza son las «obras», en el sentido específico de construcciones, una de sus características fundamentales. En él, queda incurso el significado genérico de la palabra y el sentido del refrán.

No se trata de proyectos o promesas más o menos quiméricas e irrealizables. Son actos tangibles y hechos consumados, saltando a nuestra vista con la eficacia contundente de su presencia material y efectiva.

Hemos de destacar en todas ellas, que son muestra de la preocupación y el interés despertado por nuestro pueblo en los diversos organismos del Estado y como tales responden a una variedad de finalidades. Desde la simple finalidad de la lucha contra el paro, hasta la exaltación de los valores turísticos y monumentales de nuestra ciudad, hay una gama en la que



Antigua Puerta de Ubeda, hoy Plaza de Jose Antonio Girón.

van incluídas las necesidades culturales, el problema de la vivienda, las exigencias del tránsito por la población y otra serie de objetivos que nos abstenemos de nombrar por no pecar de prolijos. Basta con la simple descripción de las realizaciones.

Instituto Nacional de Enseñanza Media.—Por fin se dió cima en este año a las obras de restauración y modernización de este magnífico edificio, iniciadas en el año 1941. Con subvenciones del Ministerio de Educación Nacional se ha conseguido adaptar a las más rigurosas exigencias pedagógicas de nuestro tiempo, la vieja y ruinosa sede de nuestra antigua y gloriosa Universidad, vinculada secularmente a fines culturales.

Se ha respetado en él con todo rigor, desde el valor artístico-arquitectónico hasta el ambiente clásico y al mismo tiempo se ha logrado un centro docente modelo, en todos los sentidos. El mobiliario ha sido objeto de una renovación total; modernos pupitres han sustituido aquellos recios bancos antiguos donde no era difícil encontrar las iniciales de varias generaciones familiares talladas a punta de navaja. Los más mínimos detalles decorativos han sido cuidados y hoy Baeza tiene un Instituto de categoría excepcional, digno de su vieja solera estudiantil.

La Iglesia de Santa Cruz.—Este viejo templo románico, la más curiosa muestra del estilo en Andalucía, donde rodeada de gótico y renacimiento, emerge su tosquedad primitiva de reliquia de las primeras incursiones cristianas a través del puerto del Muradal, también ha sido acogido por la tarea reconstructiva. Obras y restauraciones posteriores a su fundación, la



Interior de la Catedral en restauración.



Obras de la Iglesia de Santa Cruz.

habían hecho perder su carácter. Pero afortunadamente, todas esas obras se limitaron a envolver en una cáscara de yeso y cal la obra primitiva. La Dirección General de Bellas Artes, consciente de su misión, ha sabido apreciar la gran importancia artística del templo y por iniciativa de su Arquitecto Conservador de la Zona, el Ilmo. Sr. Prieto Moreno, han comenzado las obras de restauración en este año. La tarea proyectada tiene bastante importancia, pues el avanzado estado de ruina impone una reedificación casi total de la iglesia. Con los créditos librados hasta ahora, se ha iniciado la demolición cuidadosa de todas aquellas partes en peligro inminente de hundimiento y subsiguiente pérdida de los detalles arquitectónicos de más importancia. En el año 1955 la obra ha sido de demolición y en el próximo, si la cuantía de los créditos librados lo permite, comenzarán las de reconstrucción, hasta lograr que el templo sea puramente románico sin postizos ni añadiduras de otra índole.

En la reedificación va incluida la restauración de los frescos primitivos que adornan el ábside y algunas capillas, curiosas muestras de la pintura andaluza primitiva.

El día que termine esta obra, que forzosamente irá con la lentitud impuesta por las reducidas cantidades libradas anualmente para ella y el cuidado y meticulosidad exigidos por su propia índole restauradora de historia y de arte, Baeza tendrá un motivo más de orgullo y atracción turística.

La Catedral.—Quizás sea de las obras llevadas a cabo en nuestra ciudad la de mayor envergadura, no solo en el aspecto espiritual sino también en el material, dadas las cifras que vienen empleándose en ella.

El mantenimiento de su fábrica ha sido un problema secular sin resolver hace más de dos siglos. Era tal la cuantía de su presupuesto, que el más animoso claudicaba impotente por falta de medios. Y buena prueba de ello fué su torre, sin restaurar hace casi un siglo, con una cubierta provisional de latón.

Dos organismos han impulsado y continúan haciéndolo, la restauración de este templo. La Dirección General de Lucha contra el Paro que lleva sobre si las obras del templo propiamente dicho, y la Dirección General de Bellas Artes que acometió la restauración de la torre.

La Dirección General ya citada, acometió hace varios años la obra de restauración de la torre, y en el año 1955, ha llegado casi a su final con la construcción de la cúpula y colocación de la Cruz, magnífica obra de artesanía, en hierro forjado, que la

corona. Se ha procurado a todo trance que la nueva torre sea una reproducción lo más fiel posible de la primitiva, habiéndose estudiado y recogido en la confección de su proyecto, todos los datos históricos existentes sobre ella.

El templo en sí está siendo restaurado con cargo a subvenciones del fondo de Lucha contra el Paro. Una modificación de gran importancia se ha realizado en su interior. Queda ya poca obra por realizar y en el próximo año 1956 podrá ser abierta al culto, remozada y mejorada en su integridad, nuestra primera casa de Dios.

La Puerta de Ubeda.—Ha sido en este año, cuando se ha dado fin a la obra de urbanización y ordenación monumental de esta castiza plaza hoy bautizada con el nombre de José Antonio Girón. Con nuevas rasantes, sus calzadas han sido cubiertas de adoquín y el resto con losas de piedra del país y chinorras de colores formando dibujos. La fuente y abrevaderos centrales han desaparecido y en el nuevo centro se alza ya el pilarote de artística traza renacentista, núcleo de la nueva fuente. En el aspecto arquitectónico, se ha ennoblecido el lado oeste y sobre el solar de un viejo corral se está acabando ya un edificio de fachada de piedra en consonancia al estilo de la ciudad.

Otras obras de urbanización.—Han sido pavimentadas las calles Barreras, Corvera y Concepción con hormigón y granito, y en esta última como vía de ensayo ha sido instalada luz fluorescente. En todas ellas ha sido hecha la red de alcantarillado y revisada la de distribución de aguas potables, instalándose acometidas a todas sus casas, lo que permitirá en su día la distribución domiciliaria sin necesidad de levantar la pavimentación realizada.

Viviendas.—La barriada de casas tipo Belén, al final de la calle Santo Domingo, continúa progresando, aunque hemos de reconocer que con gran lentitud. La falta de medios de muchos de sus adjudicatarios impide que esta obra marche al ritmo necesario exigible, por lo que supone para solucionar el problema de la vivienda modesta en Baeza.

Colofón.—BAEZA, al dar cuenta de esta tarea, se siente obligada a mostrar su adhesión y gratitud a todos aquellos que desde sus puestos de mando político, manifiestan su cariño por nuestro pueblo de forma tan eficaz.



Nueva torre de la Catedral



Nueva barriada de viviendas «tipo Belén»

"Baeza" pregunta



BAEZA ha dirigido a varios baezanos un cuestionario de preguntas con el ruego de su contestación sincera.

Nuestras preguntas fueron:

- 1.^a—Cuales son, en su opinión, los problemas de más importancia de nuestra ciudad.
- 2.^a—¿Qué solución les daría?
- 3.^a—¿Cree usted se ha hecho alguna realización eficaz en el año 1955? ¿Cual estima más importante?
- 4.^a—¿Qué debemos hacer en Baeza en 1956?

He aquí sus respuestas. BAEZA agradece a todos los que han contestado, la atención tenida, y los anima a seguir mostrando públicamente desde sus páginas, sus puntos de vista sobre los problemas hoy planteados en nuestra ciudad.

D. Francisco García Centeno, médico, hombre universitario, envía una respuesta global a nuestras preguntas. He la aquí:

«El señor director de la revista BAEZA me ruega sincera respuesta a un formulario de preguntas, escaso por su número pero tan amplio por su contenido que a mis modestas facultades las envuelve y arrolla en su inútil empeño de condensar en poco espacio un ordenado resumen a todas y a cada una de ellas. En mi quimera y ante la imposibilidad de negar al amigo tan noble deseo, allá va mi opinión sobre los temas consultados.

Baeza es ciudad eminentemente agrícola al día de hoy, porque su situación geográfica así lo ha dispuesto. En una era de progreso en que la máquina ha impuesto su hegemonía, nuestro pueblo labrador ocupa un puesto que ni por su cultura ni por su historia le corresponde y si a ello por imperativo de las circunstancias nos tuviésemos que atener, habríamos de dar por buenas las palabras que la sintetizan diciendo que «Baeza duerme su historia»; pero en mi concepto, un pueblo como el nuestro, con esa historia que le caracteriza y sus piedras legendarias amontonadas todavía en bellos conjuntos que al más profano arrancan exclamaciones de admiración, no puede resignarse a «dormir su historia». Ella misma es cantera inagotable para que su nombre suene con respeto para orgullo y justificada vanidad de sus hijos; ahora bien, si quere-

mos mantener ese concepto, es, a mi juicio, de primera necesidad, presentar nuestra ciudad al visitante con ese decoro imprescindible a todo el que desea merecer ser respetado. En tal sentido, espiritual y materialmente tengo que aplaudir de una manera pública la labor iniciada por nuestras autoridades municipales.

Me refiero a las obras actualmente en marcha de saneamiento, alcantarillado y pavimentación de la ciudad, cosa que había caído en olvido y parecía que para toda la vida. Pongo mi grano de arena al estímulo del señor Alcalde y su digna Corporación para que no desmayen en la tarea iniciada.

Demos desde aquí tantas gracias como se merecen, algunas almas que desde su altura dedican un recuerdo y su apoyo a nuestra querida ciudad.

Como problema *inaplazable* y que va íntimamente ligado al anterior es rogar a Dios y estimular a los Grandes Hombres para que plasmen en inmediata realidad el ansiado proyecto de traida de aguas, ello, sobre que supondría fuente de trabajo para los humildes, vendría a colmar una aspiración que por su índole no necesita de encomios.

Vivirá Baeza entero, días de verdadero júbilo cuando las puertas de su hermosa Catedral se abran al culto con su dotación completa de canónigos y dignidades; así mismo anhelamos ver en marcha su histórico Seminario. El Plan Jaén nos abre nuevos horizontes en lo que a la agricultura se refiere, y sus nuevos regadíos ofrecerán trabajo a muchos que en el estado actual de cosas viven condenados al paro forzoso en determinadas épocas del año, y aprovecho esta oportunidad para brindar a nuestras Autoridades una sugerencia: ¿no sería esta la ocasión de dar cumplimiento al punto V del Fuero del Trabajo, es decir, la creación del Huerto Familiar? Sr. Alcalde y Jefe Local del Movimiento, medita sobre ello.

No olvidar que Baeza está incluida en el Circuito Nacional del Turismo; ahondemos donde proceda para que ese barrio del Sagrao, como parece ser está ya previsto, se convierta pronto en uno de los rincones más bellos de Andalucía; sería fuente de riqueza para nuestro pueblo al fomentar más con ello el turismo y motivo de orgullo para sus morado-

res. Realizaciones llevadas a cabo están condensadas en el aplauso que dirijo a nuestras Autoridades por la labor emprendida durante el año en curso.

¿Qué hacer durante el año 1956? Nos daríamos por satisfechos con la realización de cualquiera de los proyectos apuntados; el orden de realización no afecta al fondo de nuestras aspiraciones.»

He aquí la respuesta que nos envía don Francisco Montoro Palomares, industrial, a las preguntas que le formulamos:



1.^a—En mi opinión de baezano, lo que más me preocupa es la emigración constante de la clase trabajadora (artesanos, agricultores y albañiles), que durante el año 1954 y lo que va del 1955, se calculan en 250 familias las que han solicitado la baja en el padrón de habitantes, familias que salvo contadas excepciones no han regresado al solar nativo.

Si calculamos que cada una de ellas está compuesta por cuatro y de su resultado numérico pensamos que un tercio tendría ocupación durante el escaso tiempo de seis meses a un jornal medio de 25 pesetas, alcanzaría la cifra de 1.498.500 pesetas, que han dejado de movilizarse en nuestra ciudad.

Otro ejemplo: Si a las mil personas que componen aquellas familias, le fijamos un consumo diario de 8 pesetas (que ya es reducido) nos representarían anualmente 2.880.000 pesetas. A esta cifra de consumo podríamos aumentar la renta que sale del término por radicar en otros pueblos los propietarios de fincas baezanas.

2.^a—Por el marcado carácter agrícola de nuestro término que consta de 16500 Has. de las cuales 500 corresponden a huerta y viñedos y las restantes a olivos y cereales, entiendo que el problema en este aspecto de la vida local, debe enfocarse bajo la base de una amplia redistribución parcelaria, ya que la riqueza en su gran mayoría gira alrededor del agro.

Abrigamos la esperanza de que la puesta en marcha (Dios quiera que sea pronto) de la traída de aguas pueda ponerse en práctica, no

solo por la transformación que las tierras de secano habrían de sufrir, sino que su implantación evitara la salida de trabajadores hacia otros lugares, cuando en la localidad aumentase la mano de obra. La mecanización del campo ha influido en el aumento del paro estacional, cuya repercusión en los pueblos (me refiero a la emigración) ha estado al unísono con la creación de nuevas fuentes de riqueza, bien por la iniciativa estatal o con la cooperación privada.

Esperamos que nuestra ciudad se dé perfecta cuenta del papel que debe desempeñar en el concierto de los pueblos del Santo Reino sin menoscabo de la contemplación de su pasado, eminentemente glorioso en todos los aspectos.

Pensemos que nos hallamos—este es mi criterio—en una coyuntura favorable, ya que la revalorización de los productos de la tierra ha venido a liberar al propietario, principalmente al modesto, de la penuria en que vivió hasta la fecha del Alzamiento, cuyo progreso económico en su mayoría, es bien notorio.

3.^a—Hasta el momento, la reforma urbanística de la Puerta de Ubeda, que no solo ha hecho aquel lugar una plaza alegre y vistosa, sino que algunos edificios han ganado en valor, tal como los que dan vista a la Hornacina de la calle del Sacramento, caso igual a la mejora que experimentaron antiguas viviendas en la monumental Plaza de Santa María.

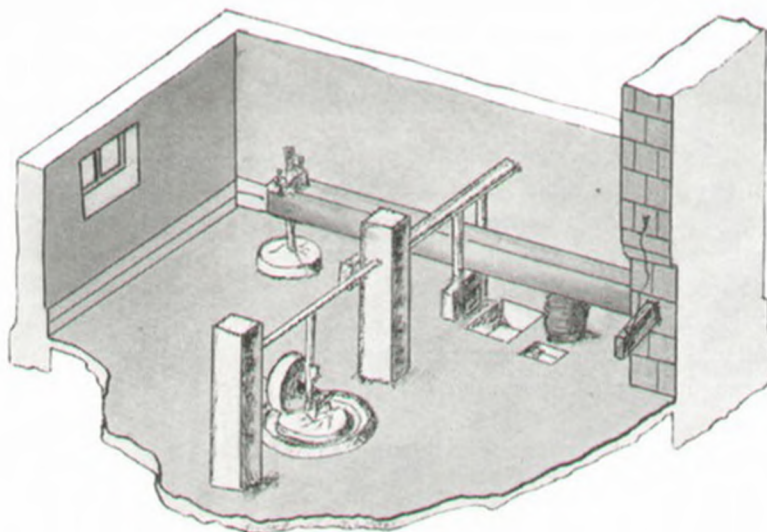
A esta novedad ha seguido la de ampliación del acerado de la calle Barreras; reforma total del alcantarillado, bocas magníficas de riego e imbornales para recogida de aguas pluviales a base del sistema moderno con boca en el bordillo, nuevo pavimento de adoquín, etc.

4.^a—Teniendo en cuenta que todo ciudadano contribuye de una manera u otra al Municipio, estimo como tarea principalísima la de abordar el año que va a comenzar, la pavimentación de las calles de Cipriano Tornero y de San Andrés, cuyo estado actual pregona la necesidad de su reforma.

Otra reforma necesaria, es la de la Puerta del Palacio Municipal que también reclama la actuación del artista ingenioso.

Ponemos punto y final a la interviú que nos hace el director de la revista BAEZA recordando el antiguo proverbio árabe que dice: «Que nadie debe morir sin haber tenido un hijo, escrito un libro, y plantado un árbol»; proverbio que yo reduciría—en el caso actual—al cumplimiento de lo último, a fin de que aunando nuestras fuerzas planteemos un árbol cuya inmensa sombra sirva de cobijo a todos como el más vivo ejemplo de quienes desean conservar la fe en el resurgir de esta tierra.

COOPERATIVAS Y FABRICANTES DE ACEITE



Antiguo molino de viga.

Uno de los polos, en torno al cual gira la vida de Baeza, es la producción de aceites de oliva. Constituye la principal riqueza de esta ciudad, lo mismo que en casi todos los pueblos de la provincia de Jaén, y ello explica la gran transcendencia y repercusión que en el ámbito de su total economía, tiene cualquier problema surgido dentro de la esfera de la economía del aceite. El más reciente de todos y aún en plena discusión, es el de la competencia en la fase industrial oleícola, entre las sociedades cooperativas de labradores para la molturación y extracción del aceite de sus propias cosechas y los fabricantes de aceites, dedicados exclusivamente a la fase industrial, mediante la compra de cosechas ajenas para obtener lucro con los beneficios que se obtengan de la diferencia entre los costos de producción y de materias primas, en este caso la aceituna, y el precio a que consiguen colocar en el mercado los productos obtenidos, exactamente igual que en cualquier otra explotación mercantil.

Los intereses en lucha son cuantiosos y dignos de tener en cuenta en ambos bandos. De un lado, los labradores quieren recabar para ellos los beneficios obtenibles de la industrialización de sus productos, utilizando el sistema cooperativo para la instalación de modernas fábricas, con las que aprovechar las ventajas de la producción en masa, solo conseguibles en instalaciones cuyo costo excede a las posibilidades de sus economías individuales. De la otra parte, los fabricantes forman un núcleo de gran potencial económico, en el que están articulados una organización industrial tradicional, un positivo e innegable servicio prestado a la revalorización de nuestros caldos y una experiencia mercantil y agilidad para desenvolverse en los mercados, que no se puede improvisar. Estas circunstancias también son respetables.

¿Cómo ha llegado la situación actual? Mucha luz nos da el estudio de la evolución histórica del problema.

En su origen, la fabricación del aceite fue siempre considerada como un complemento de la fase puramente agrícola, que terminaba en la recolección del fruto en el olivar. Por lo tanto, cualquier explotación agrícola, incluso de

mínima importancia, estaba dotada de una rudimentaria almazara (la clásica viga). El agricultor agotaba así el ciclo productivo sin auxilio de explotaciones ajenas. Incluso los más pequeños olivereros lo seguían, pues los propietarios de fábricas de aceite, les cedían su uso por el sistema de maquila, con separación de los frutos de cada cosechero, molturando cada uno con independencia su cosecha y pagando una merced proporcionada a la cosecha por el uso y disfrute de la fábrica.

Dos circunstancias favorecían este sistema. El bajo precio de una instalación aceitera y la total indiscriminación sobre las calidades de los caldos. El aceite era aceite y nada más.

Así las cosas, se inicia la fase industrial. Aparecen nuevos ingenios hasta llegar a la prensa hidráulica y la gran maquinaria característica de las almazaras de nuestros días.

La capacidad de rendimiento, y por tanto la de beneficios, se multiplica. Pero estas máquinas ya no estaban, por su precio al alcance de todos y solo las grandes explotaciones agrícolas pudieron adquirirlas en condiciones económicas, pues por sus grandes capacidades de trabajo, necesitaban para ser inversiones rentables, una cantidad de materia prima que sólo ellas tenían. Gracias a estas circunstancias, esas importantes haciendas rurales siguieron y siguen el sistema tradicional de molturación por el agricultor de su propia cosecha.

Entre tanto ¿qué había ocurrido con los pequeños y medios cosecheros? Estos hubieron de seguir en sus antiguas almazaras por falta de medios económicos para sustituirlas por la moderna maquinaria y ello tuvo un reflejo inmediato en la disminución de sus rentas, incluso pérdidas, por no encontrarse en condiciones de competir en precios y calidades con los caldos obtenidos en las modernas instalaciones. Entonces surge la industria del aceite como negocio autónomo. Con una certera visión económica del problema, hubo quien pensó convertir en base de un negocio industrial la molturación de aceituna, en completa independencia de toda empresa rural. Y así nace el fabricante de aceite. La materia prima es la aceituna, el producto obtenido aceite y el be-

neficio industrial la diferencia habida entre costos de producción y precio conseguido para la mercancía elaborada. Aún así, como un atavismo de la época anterior, se hace la molituración a maquila y el precio de la aceituna no se fija en pesetas, se fija en aceite. A x kilos de aceituna corresponden x de aceite obtenido para el cosechero y x para el fabricante. Como se había impuesto la discriminación de la calidad de los caldos, éste era un factor principal entre los que jugaban en los beneficios a obtener por el fabricante, pues rara vez, por no decir nunca, se entregó al cosechero un surtido de calidades proporcional al obtenido en fábrica.

En una economía librecambista las aptitudes mercantiles del fabricante eran fundamentales. Y para los labradores, el sistema de vender sus cosechas a estos fabricantes, fué más beneficioso que seguir con sus rudimentarias instalaciones, que se habían hecho antieconómicas en grado sumo.

No faltó desde el primer momento la idea de aplicar el sistema cooperativo a la construcción de modernas fábricas, pero por falta de sentido mercantil de sus órganos rectores unas veces, y otras, por individualista carencia de espíritu asociativo, fueron sus manifestaciones aislados y esporádicos fenómenos, acompañados del fracaso en muchas ocasiones.

Así llegamos a nuestra postguerra, y con ella, a un sistema de economía dirigida por el intervencionismo estatal que exigieron las circunstancias de escasez, y su secuela de precios, márgenes de beneficios, corrientes comerciales, y contratos de adjudicación, hechos de manera oficial. Ya no hacía falta ser comerciante para tener un negocio. Bastaba simplemente fabricar en condiciones normales y el Estado se encargaba de todo lo demás. La ocasión era propicia para dedicarse a fabricante, quien nada supiera de comercio, ni fuera comerciante. Y comenzaron a surgir cooperativas de labradores, oficialmente protegidas por una política de revalorización de nuestro campo. La asunción para el labrador, del beneficio industrial estatalmente garantizado, era un poderoso acicate para organizarse cooperativamente y comenzaron a nacer por todos sitios, modernas y grandes instalaciones aceiteras de este tipo, que en estos últimos años han llegado a componer uno de los más importantes sectores económicos de nuestra provincia. Enfrente, en la lucha de la competencia, siguen los fabricantes.

¿Cual será el resultado final? En un esquema teórico, las cooperativas absorberían totalmente la producción aceitera por sus indudables ventajas, también teóricas, para el labrador. Pero es una obra de hombres, y el factor humano, con todas sus imponderables e imprevisibles reacciones ante el medio, también cuenta. Se camina a marchas forzadas hacia la libertad comercial en este sector y ya los

negocios no son tan fáciles, y ni mucho menos, los dá hechos la Comisaría de Abastecimientos.

La aptitud comercial, para la gestión de negocios de la envergadura que hoy es cualquier fábrica, ha de ser mucha, para poder aprovechar al máximo, las expectativas de la coyuntura económica del mercado aceitero.

Por otra parte, no todos los labradores están dispuestos a embarcarse en el albur de un negocio industrial, que en definitiva es cualquier cooperativa.

Es tradicional la desconfianza del medio rural y su predisposición a sacrificar parte de sus rentas, por una mayor seguridad.

Por todo ello entiendo, que junto a las cooperativas aceiteras, podrán subsistir los fabricantes de aceite, que sean verdaderos comerciantes, y como es natural, con un legítimo y justo lucro, el que les corresponde como beneficio industrial de su negocio, aunque ya con un límite, el que impone la fuerza sicológica de la ganancia, en el labrador, fijado en un punto, a partir del cual, todo exceso puede estimular un espíritu asociativo, siempre peligroso para el industrial puro.

En definitiva, subsistirán las cooperativas cuyos órganos rectores tengan verdadera aptitud para el negocio y también aquellos fabricantes, que bien por ineptitud de los órganos cooperativos competidores en cada localidad o bien por un mesurado espíritu de lucro, hayan conseguido impedir el desarrollo de ese espíritu asociativo de que antes hablaba, pues en igualdad de condiciones, siempre habrá un beneficio industrial que al repercutir en el precio de la aceituna e ir directamente al labrador cooperativista, puede crear una situación letal para el industrial oleícola.

Rafael Vañó Silvestre



Moderna fábrica
de aceite de oliva.

El deber de la conciencia



Que Baeza ha sido y es cantera de artistas artesanos demuéstranlo: de una parte, las piedras primorosamente cinceladas de sus monumentos renacentistas—barrocos o platerescos—y de otra, el sinnúmero de Alarifes, músicos, carpinteros, figaros, etc., que ha exportado y sigue exportando a Madrid, Meca ciudadana de todo español.

Y para que no se diga que afirmamos al «buen tun tun», citaremos, entre otros muchos, a los Tuñones, Ureñas, Vidales y Tapicas (como picapedreros y albañiles); los hermanos Serrano, el uno director de la «música vieja» y el otro excelente primer clarinete de la banda sevillana del célebre Juarránz, Horacio Tierno que dirigía la «música nueva», Tobaruela y los Pozas (maestros todos de la lírica local); los Filocha, Blasito Rivas y Fortuna (astros de la coquetería capilar); los Bago, Parra y Ortega (hachas del gremio sastretil); los Cristino, Duarte, Gámez y Castillo (famosos en el laboreo y ensamblaje de la madera); y hasta excepcionales cultivadores del arte culinario como el gran «Caramelo». Todos ellos y bastantes más que harían esta narración interminable, forman un elenco maravilloso de fácil comprobación en los anales históricos y tradicionales de la Ciudad de San Andrés.

Mas la industria artesana de mayor relieve, la que dió y sigue dando a Baeza primordial categoría fué la panificadora; y su artista impulsor, as indiscutible en el gremio, muy superior a los ases de las otras actividades, Lázaro Higuera, mago del amasado y co-chura del pan nuestro de cada día.

El pan de «Lazarico» (que con este afectuoso apelativo era solicitado) tenía fama por su tostada y rubia corteza, su esponjosa y blanca miga, y, su buen comer, no solo en Baeza, sino en toda la provincia, hasta el punto de competir con el célebre pan granadino de Alfacar.

Recordamos, a este respecto, como nuestra madre al preparar las vituallas para la comida, merienda y cena durante los viajes que tras las vacaciones estivales o navide-

ñas hacíamos la familia en aquellas perezosas góndolas camperas, desde Torreperogil a Jaén, siempre ordenaba que nos detuviéramos al pasar por Baeza para comprar el pan de Lazarico.

Y, posteriormente, dicho sea en honor de los sucesores genealógicos en la industria, siguió fabricándose el cotidiano alimento en forma tal que durante la pasada guerra de liberación, era el único manjar apetecible sin otro inconveniente que el «sabernos a poco».

Más Lázaro Higuera no se contentaba con ser el jerarca de tan celebrada habilidad. Acariciaba otras aspiraciones artísticas de tipo literario, y, como todo buen español, tenía su pieza dramática debajo del brazo y en el caletre la idea de su factura.

Y, en efecto, puso manos a la obra, logrando, tras muchos desvelos, escribir «El deber de la conciencia», que éste fué el título puesto a la teatral producción.

No muy seguro, el flamante escritor, de su producción, pulsó el parecer de su buen amigo el comandante veterinario del Depósito de Sementales, don Martín Lacasa; y éste, hombre culto, poeta fácil y en extremo socarrón, opinó que el asunto del drama tenía «miga», que la redacción estaba muy «bien amasada» y el diálogo «a pedir de boca».

—«Nada, nada. Hay que estrenar eso enseguida». Estas fueron sus últimas palabras que sonaron a gloria en el interior de Lazarico.

Era frecuente por aquella época en que todavía el cine y el fútbol no habían hecho su aparición avasalladora, que las compañías de teatro madrileñas, u otras formadas al efecto, abriesen durante el periodo ferial de las ciudades provincianas, un abono por ocho o diez funciones; y, como Baeza siempre ha sido grande en la confección de sus programas para el regocijo público, aquel año había subvencionado el Ayuntamiento nada menos que al elenco de los ilustres comediantes, doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, para que constituidos en empresa de «El Liceo» contribuyeran al



mayor auge de los clásicos festejos primaverales.

Esta circunstancia dió pie al bueno de Lazarico para poner en práctica sus ilusiones de novel dramaturgo; y, apenas instalada la compañía en la fondilla de los «Portales de la botica», nuestro hombre visitó a la ilustre pareja, con la pretensión de que, una vez leída la pieza dramática, si la encontraban aceptable, se pusiera en escena.

Comprensivo el autor, pensó en que aún en el caso poco probable de que la obra fuera de «tipo calderoniano» indiscutible, su representación exigía un esfuerzo de estudio, montaje, etc., etc., se le ocurrió la idea de ofrecer a la empresa la indemnización de un par de miles de pesetas; y, sin más rodeos, lanzó la proposición.

Tanto don Fernando como doña María sorprendidos por la candidez del literato pueblerino, acogieron cortesmente sus palabras, ofreciéronle estudiar la posibilidad de la representación del drama, pero excusándose en la falta de tiempo y las dificultades para el aprendizaje y ensayo de los papeles, despidieron al buen Lazarico, no muy convencido éste del éxito de su gestión, pero sí admirado de la finura y delicadeza del trato de los dos grandes actores.

Más por curiosidad que por otra causa, ocurriósele a éstos preguntar en la fonda por el visitante, y, al conocer la enorme popularidad que tenía Lazarico en el pueblo, popularidad avalada con los excelentes argumentos de sus panecillos, pensaron, no sin fundamento, que el estreno en Baeza de «El deber de la conciencia» podría ser un éxito si no para el «fuero» artístico de la compañía para el «huevo» crematístico de la taquilla. Examinaron la obra, vieron como apesar de su truculencia no exigía ni atuendo ni decorado que no fuera corriente en el equipaje de los actores o la guardarropía del teatro y decidieron aprender a la ligera los papeles de la obra, y, previo un ensayo general, colocaron en las esquinas de la ciudad el sensacional anuncio de que para la despedida de la

compañía se pondría en escena, por primera vez, el drama titulado «El deber de la conciencia», original del popular autor local D. Lázaro Higuera.

Ni que decir tiene que «El Liceo» estaba lleno hasta las bambalinas el día de la función.

Agotáronse rápidamente las localidades y no quedó baezano que se perdiera el espectáculo.

Deslizóse la representación en medio de los aplausos más o menos sinceros del público que aclamó a Lazarico obligándole a salir cogido de las manos de las primeras figuras del drama, y, nuestro buen panadero disfrutó lo suyo con la ingenuidad del que, ofuscado se creía ya un ungido por la fama, en el codiciado mundo de las letras.

Más tan recio condumio espiritual, tuvo al día siguiente el agrio postre que don Martín Lacasa le propinó con la crítica, en verso, del flamante drama. En el Casino de los Señores, y ante un grupo numeroso de contertulios, el ático poeta leía su composición formada por quintillas glosadoras del drama en jugueteo de vocablos relacionados con el oficio artesano del novel autor, para terminar con la desoladora y tajante estrofa:

*«A otro Lázaro le dijo
Cristo, centurias atrás:
Levántate y anda, hijo.
A ti te dirá, de fijo:
«Párate y no escribas más.»*

Y cuando Lazarico, pasado el regusto de su equívoco triunfo escénico, comprendió aquello de «zapatero a tus zapatos», como era un hombre bueno y sin hiel, perdonó la humorada lírica del amigo poeta y no volvió a sentirse atraído por las zalameñas de su vanidosa Talía interior.

VERINDEART



Cuatro versiones de la leyenda al escudo de Baeza (*)

Es muy difícil tener absoluta certeza de que unos datos históricos son definitivos, cuando el pasado encierra tantos secretos, que dejan de serlo, cuando los hallazgos arqueológicos o entre los centenarios folios de los archivos o bibliotecas, se encuentran datos concretos que dan luz en aquello en que, hasta entonces, la historia solo había estado llena de tinieblas. En historia, la investigación, como en toda clase de investigaciones, suele acontecer con bastante frecuencia que, buscando una cosa, se dé con otra distinta de la que se investiga, pero no por esto deja de ser interesante y, a veces, de mucho más interés que lo perseguido.

Algo de lo que dejamos dicho nos ha acontecido, cuando buscando entre viejos manuscritos unos antecedentes, vimos una interesante y antigua versión de la leyenda al escudo de Baeza, versión que nos era completamente desconocida y la que tampoco hemos encontrado en los autores tan conocidos que han escrito sobre la histórica ciudad: Ximénez Patón, Ximena Jurado, Argote de Molina, Cózar y otros.

El feliz hallazgo nos inclinó a investigar sobre este tema de la leyenda al escudo de Baeza y nuestra tarea la hemos visto coronada por el éxito, cuyos resultados exponemos a continuación.

La versión más conocida o que podríamos llamar, la generalmente conocida, la que ha ostentado y ostenta el escudo de la ciudad, es la que sigue:

*Entre dos torres doradas
vide la Cruz milagrosa,
con dos llaves argentadas
y las puertas zafiradas
sobre sangre generosa.*

*Soy Baeza la nombrada
Nido real de gaviñanes,
tiñen en sangre la espada
de los moros de Granada
mis valientes capitanes.*

Esta versión la recogen todos los autores anteriormente citados, pero en «Don Lo-



Escudo de Baeza. (Según un cuadro del siglo XVII).

pe de Sosa», año 1923, página 313 y copiada de un manuscrito de Antonio de Barahona sobre linajes, pobladores e historia de Baeza, vemos juntamente con la transcrita, otra versión, cuya primera estrofa es igual, pero la segunda difiere:

*Con el aspa del Pescador
y episcopal cabeza,
de la España es primor
esta ciudad de gran honor,
de la noble y antigua Baeza*

Otro manuscrito de Antonio de Barahona, «Libro de linajes y blasones» (1) contiene los mismos versos de la primera versión expuesta pero en el manuscrito del mismo autor, Rosal de nobleza (2), la leyenda al escudo aparece así:

*Entre dos torres doradas,
vide la Cruz milagrosa,
con dos llaves argentadas
en las puertas zafiradas
sobre sangre generosa.*

*Con el aspa del Pescador
y episcopal cabeza,
de la España es primor
esta ciudad de gran honor,
la noble y antigua Baeza.*

*Soy Baeza la nombrada,
nido real de gaviñanes,
tiñen en sangre la espada
de los moros de Granada
mis valientes capitanes.*

Y por último, la versión que estimamos inédita y contenida en el manuscrito: *Comentarios de la conquista de la ciudad de Baeza y nobleza de los conquistadores de ella fecho por Ambrosio de Montesinos, clérigo, dirigido al muy ilustre señor don Alonso de Carvajal, séptimo señor de la villa de Jódar* (3), en cuyo manuscrito y entre la relación de fuentes bibliográficas que utilizó el autor en la redacción de su obra, inserta como sigue, la leyenda al escudo:

«Canción antigua al escudo de
armas de la ciudad de Baeza.

*Sobre dos torres doradas,
vide una Cruz milagrosa,
con dos llaves argentadas
y las puertas zafiradas
sobre sangre generosa*

*Baeza soy muy famosa,
por valientes capitanes
soy jaula de gavilanes
con mil despojos gloriosa
ganados por mis afanes.*

No quedaria completa la exposición de las versiones de la leyenda al escudo de Baeza, que dejamos anotadas, si no va seguida, al menos, de un breve comentario o de las consideraciones que las diversas versiones nos sugieren, así como los manuscritos donde están contenidas.

Es la opinión generalmente aceptada por todos los autores, que los versos de la leyenda al escudo los escribió Gracia Dei, Rey de armas de los Católicos Reyes don Fernando e Isabel, opinión que vemos confirmada en el manuscrito de Barahona, *Rosal de Nobleza*, testimonio que consideramos de mayor excepción, por ser Barahona sobrino de Gracia Dei, hijo de una hermana de éste, como el mismo Barahona declaró en su manuscrito, el que a su vez fué rey de armas del Emperador Carlos V. Por tanto nos inclinamos a estimar como cierto, que las tres versiones primeramente transcritas fueron obra de Gracia Dei, por encontrarse fielmente insertas en los manuscritos de Barahona, pero hemos de admitir que, el propio autor, no le dió la unidad a la leyenda que hoy ostenta el escudo, sino que esta unidad le fué dada posteriormente, eliminando alguna o algunas estrofas de la composición para dejar, las dos tan conocidas hoy.

El que en el manuscrito de Barahona aparecen la segunda y tercera versión, de las anotadas y en las siguientes, porque en la segunda versión de las anotadas y en las siguientes, la primera estrofa es como en la leyenda actual, aunque con pequeñas variantes en el primero, segundo y cuarto verso de la referida estrofa, de la última versión. Pero es la segunda estrofa la que varía esencialmente en las versiones expuestas, en relación con la primera de ellas; apareciendo la tercera en *Rosal de Nobleza* en la forma gráfica que queda inserta en este trabajo, o sea las dos estrofas, como las de la segunda versión, una

debajo de otra y a la izquierda, y la estrofa igual a la segunda de la primera versión, escrita al lado derecho y a una altura equidistante entre las estrofas de la izquierda; éstas corresponden por su caligrafía a la totalidad del manuscrito, pero la estrofa de la derecha está escrita con distinta caligrafía y la tinta empleada es de un tono más claro, pero, no obstante, no es fácil discriminar si constituyen las tres estrofas unidad o la tercera fué adicionada posteriormente, pues a pesar de estar escrita la tercera estrofa con otra caligrafía, ésta no es posterior a la época de las otras dos, además, que en las tres estrofas los versos riman, primero con tercero y cuarto, y segundo con quinto, lo que hace sospechar que fué un sólo autor el de las tres estrofas. Y en virtud de las dudas que lo expuesto nos inspira, hemos de preguntarnos: ¿estaría originalmente integrada la leyenda por las tres estrofas y con posterioridad le fué suprimida una de ellas? No sabemos si podrá sea hallada la respuesta de este interrogante, ello tendría que ser objeto de muy detenido estudio. Pero no quedan resumidas nuestras dudas a la anterior interrogación; otras nos surgen, ante la cuarta versión, contenida en el manuscrito de Montesinos. ¿Es anterior o posterior esta versión a las ya consideradas? En nuestra modesta opinión, la consideramos posterior a las otras e incluso, que pudiera ser una variante introducida a los versos de Gracia Dei, por un autor anónimo, debido a que la primera estrofa es igual, a pesar de sus pequeñas variantes, que las otras versiones y que en la segunda, la inspiración parte de su consonancia y hasta algunas palabras, son iguales a las de las versiones primera y tercera, aunque la rima de éstas últimas en sus dos estrofas es primero con tercero y cuarto, y segundo con quinto, mientras que en la segunda estrofa de la versión de Montesinos los versos riman, primero con quinto, y segundo con tercero y cuarto, lo que nos hace suponer que esta estrofa fué la variante introducida por otro autor, una vez que no mantiene la unidad de rima en las dos estrofas, detalle tan cuidado por los poetas de los tiempos en que Gracia Dei escribiera la leyenda al escudo.

Otro dato nos confirma nuestra tesis: la fecha del manuscrito de Montesinos es de 1570, mientras que el de Barahona, *Rosal de Nobleza* contiene la fecha de 1499 (4). Estos cálculos nos indican la mayor antigüedad de las estrofas contenidas en los manuscritos de Barahona, que los versos del manuscrito de Montesinos, y por tanto, la relación en el tiempo es patente de autenticidad de los versos contenidos en los manuscritos de Barahona, y por ello, la leyenda que hoy ostenta el escudo de Baeza podemos considerarla como obra auténtica de Gracia Dei, rey de armas de los Católicos Reyes.

PEDRO PONCE LLAVERO

(*) Trabajo publicado en «Paisajes», n.º 77-78 de Mayo-Octubre de 1951.

(1) Biblioteca Nacional, Ms. 11761, fol. 90.

(2) Biblioteca Nacional, Ms. 11762, fol. 11.

(3) Real Academia de la Historia, Colección de Salazar, H. 13.

(4) Biblioteca Nacional, Ms. 11662, fol. 68 al 77.

Buenos Aires



Parque Perón

Solo las luces del aeropuerto Pistarini nos indicaban que llegábamos a Buenos Aires. Una llovizna pertinaz hacía aún más cruda la noche de pleno invierno en aquel hemisferio. La impresión para el que por primera vez pisaba tierra argentina no fué de acogida, sino más bien de recelo. Nadie esperando a los pasajeros del avión, trámites minuciosos por parte de la Policía,—uno a uno, preguntas y detalles—, y una inspección aduanera rígida, fueron la bienvenida.

Un ómnibus grande nos llevó por la desierta carretera, magnífica autopista, hasta Buenos Aires, adonde entramos por un verdadero torrente de luz, no tanto por las que lucían en sus calles, sino más por la soledad reinante en las mismas. Había empezado el 26 de Julio, aniversario y conmemoración de la muerte de Eva Perón, y era día de luto nacional, y éste, en la Argentina, se guarda de manera muy rigurosa. Así, durante todo el día, la inmensa urbe era solo tristeza. Todas las puertas de casas y establecimientos cerradas, las avenidas solitarias, bien por el frío o por el temor de la gente, solo eran cruzadas, de tarde en tarde, por unos hombres vestidos enteramente de marrón que con unos grandes termos a la bandolera y unos depósitos de pequeños vasitos iban ofreciendo café caliente a los escasos transeúntes, y aquí y allá, muy a menudo, demasiado, la presencia de parejas de la fuerza pública. Esta era la vida de Buenos Aires aquel día. Aún estaban recientes en el recuerdo de todos los sucesos del 16 de Junio, aun se veían impactos de metralla y locales asaltados con cristales rotos, y se esperaba «algo», que después no sucedió. No tuvimos, pues, más remedio que refugiarnos en el hotel, al lado de una buena lumbre, conformarnos con comer lo que nos dieron de plato único, y acostarnos en unas camas sin hacer, pues el personal guardaba el luto yendo a depositar flores junto al busto que en el edificio de la C. G. T. recuerda a «la abanderada eterna del pueblo». «Es la comedia», nos dijeron, y a continuación nos enseñaron unos versos, ripios, burlándose de la situación. Era el espíritu eterno español que no desmiente la raza y de todo hace motivo de chanza.

La capital argentina, «Gran Buenos Aires», es una espléndida ciudad de cerca de cinco millones de habitantes. Urbanizada a la moderna, sus calles forman una cuadrícula perfecta. Paralelas unas al «río», el de la Plata, y otras perpendiculares a éstas, todas del mismo ancho, se hallan presididas por la Plaza de Mayo, de donde fluyen las dos grandes arterias de la ciudad: Rivadavia y Avenida de Mayo, las cuales, al llegar a la Plaza del Congreso, son atravesadas por las de Entre Ríos y Callao, las que a su vez confluyen con las de Belgrano y Corrientes, la frívola calle de Buenos Aires, sede de los principales teatros, cines y lugares de diversión, y a cuyo lado se hallan las de Florida y Suipacha, albergando al mejor comercio de la capital. Esta simetría, llevada tan al extremo, y la escasa altura de los edificios, hacen que se convierta Buenos Aires en un anodino tablero de ajedrez, que le resta grandiosidad. No diremos así de sus alrededores, donde paseos como el de «la Costanera» con sus balnearios y sus magníficos monumentos, entre los que descuella el ofrecido por España, y el Parque Palermo con su zona residencial de palacetes suntuosos de los más variados estilos, ponen una nota de color y belleza en la gran ciudad. Aún quedan reminiscencias de la época colonial, como son «las casas del Cabildo» en la Plaza de Mayo, y la Iglesia del Pilar, junto al lujosísimo cementerio de «La Recoleta» verdadero museo por la cantidad y calidad artística de sus mausoleos. Son dignos de admirar los monumentos a los generales Belgrano y Mitre, y sobre todo el mausoleo del General San Martín, en la Catedral, que encierra también grandes tesoros, todos ellos en el mismo corazón de la ciudad.

Buenos Aires es una ciudad industrial y comercial. Con un puerto de extensas propor-

ciones, tiene un gran tráfico de carga y pasaje, tanto marítimo como fluvial, pues se halla situado sobre las aguas del Río de la Plata, a cuyo estuario afluyen los ríos Paraná y Uruguay, y no es extraño ver decenas de buques de todas las nacionalidades anclados a sus muelles. La zona industrial se extiende por el barrio llamado de «La Boca», donde se alza la silueta del estadio del «Boca Juniors», que al decir de los argentinos, se encuentra abierto por el lado que mira al Uruguay para que los del país vecino aprendan a jugar al fútbol, muestra de la rivalidad deportiva existente entre ambas repúblicas. Son curiosas en este barrio las construcciones de los trabajadores, construídas enteramente, paredes y techo, de chapas onduladas de cinc, donde hay algunas con adornos de gran ingeniosidad.

En la era que pudiéramos llamar «peronista» se ha iniciado en la Argentina un movimiento renovador y revolucionario. Entre otras realizaciones: la obra asistencial «Fundación Eva Perón», la asociación de estudiantes «U. E. S.», a cuyo calor nacieron las ciudades escolares infantiles, como la de Buenos Aires y la del Parque Presidente Perón, camino de la ciudad de «La Plata», las numerosas leyes sobre seguros sociales, seguridad en el trabajo, derechos del trabajador, productividad, y otras muchas reguladoras de las relaciones entre patronos y obreros, son buena muestra del afán del régimen. Pero toda esta labor, teóricamente encomiable, se lleva a la práctica de una manera desordenada, y, sobre todo, desorbitada. La obra asistencial comienza con la construcción de un monumental edificio con más de diez estatuas en mármol de Carrara en su frontispicio, que solo sirve a los intereses propagandísticos del «partido» y de su fundadora, cuya es la más principal de las estatuas. Así pasó, también, con las ciudades infantiles que dan lugar a la deposición y ostracismo político del gobernador de la provincia de Buenos Aires, que tuvo la osadía de construir una mejor dotada que la edificada por doña Eva Duarte. Y en cuanto a las leyes sociales, éstas se promulgan a base de esquilmar al patrono, destruyendo así la pequeña industria y la clase media, que desaparece al no poder aguantar los impuestos, y así queda el trabajador enfrentado en una lucha de clases con el potentado, sin ese amortiguador que es la conjunción de capital y trabajo, haciendo con todo esto un mal efectivo al «descamisado» que es a quien se trata de proteger. Y toda esta labor se efectúa—sin replicar—, pues para eso se prohíbe a la oposición el libre uso de la prensa y la radio, y se restringe hasta el límite su intervención en los debates parlamentarios.

Toda esta serie de cosas, a través de los diez años de la supremacía peronista, desemboca en continua agitación que culmina con la sublevación de la marina y el bombardeo de Buenos Aires, en la deportación de ministros de la iglesia, en la quema del Palacio Arzobispal donde se guardaban los archivos históricos de la Nación desde el año 1.600, en la destrucción de numerosos templos, entre otros los de Santo Domingo y San Francisco, y ahora en la guerra civil, que aparte de las innumerables víctimas, hizo pasar al Presidente Perón por el trance de tener que huir ante el triunfo de la oposición buscando refugio en un barco de guerra extranjero, poniendo así término a la vertiginosa carrera de un régimen centralizado únicamente en su figura.

No sé si cuando este artículo se publique habrá vuelto la tranquilidad a la que es «reina del Plata», bienestar que se ha ganado el noble pueblo argentino que así lo pide cubriendo materialmente de flores las iglesias que el sectarismo incendió y aportando su esfuerzo a la reconstrucción de lo que es orgullo y esencia de su nación.

Manuel Fernández Peña
Abogado



Ciudad Infantil «Eva Duarte»

BAEZA EN LA MEDITACION Y EN EL RECUERDO



Vista panorámica de Baeza.

Nos hace vivir el *barrio de la Catedral*, en su prodigiosa vibración de eternidades pétreas, días de pasado esplendor artístico y cultural. Quizá no haya en toda la ciudad un rincón más propicio a la meditación y al ensueño, ni donde se entrecruce con tanta gallardía y nobleza el ayer y el hoy, lo que Baeza fué y lo que Baeza es; morosa y recatadamente se percibe la proximidad del prodigio y del misterio. Desde allí,—callejuelas estrechas y empedradas—, Baeza es, más que una realidad tangible, más que un mundo ante los ojos, un sueño.

Atravesando la calle de la Compañía, damos frente a Santa Cruz, una iglesita románica, humilde. No ha llegado a ella la influencia de las grandes escuelas; Andalucía no tuvo, por lo tardío de la Reconquista, un románico. De aquí que sea el suyo un arte pobre, tosco y hasta retrasado. Próximo a Santa Cruz ofrece el renacimiento una de sus más acabadas manifestaciones en el Instituto, antigua Universidad, cuyas constituciones se deben al beato Juan de Avila, el apóstol de Andalucía. Todo un pasado estudiantil aletea en torno de la sólida y señorial fábrica de la vieja Universidad baezana: un mundo bullicioso y jocundo de fiestas y novatadas escolares, de contiendas y de reyertas estudiantiles, de míseros pupilajes que rememoran las certeras y caricaturescas visiones del Buscón. Viejos caserones

destartalados, junto a la Universidad, en los que parece resonar, con enfático acento, las frases engoladas del Lcdo. Cabra: «coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas». Y, en torno, el rondar de las sombras silenciosas, el perfil de los castizos capigorrones, sopistas y camaristas del siglo de oro español.

Enfrente mismo del Instituto, el Seminario, palacio que fué de los marqueses de Jabalquinto, obra de Guas, maravilla del estilo isabelino, que por ritmo ágil y afiligranado emula al bellísimo palacio del Infantado de Guadalajara. En sus muros, las puntas de diamante, tan características de ese estilo; la galería, a manera de «loggía», evoca los aristocráticos palacios italianos del renacimiento; los contrafuertes cilíndricos, con su típico friso de mocarabes, son testimonio de la influencia mudéjar; sus escudos, por lo estilizado y retorcido, semejan el arte manuelino portugués; y, para que nada faltara en este feliz consorcio de estilos y tendencias artísticas, la ornamentación total de la fachada revela un inconfundible origen oriental.

La antigua fachada del Seminario mira a una vieja plaza nostálgica, removedora asimismo de recuerdos; y, en medio, una hermosísima fuente del más puro renacimiento. Encuadrando esta plaza el palacio de Gil Bayle de Cabrera, antigua Casa Consistorial de Baeza,

constituye también un buen ejemplo palaciano del estilo isabelino, formado por un solo cuerpo alargado con torreón en uno de sus extremos, que muestra su modernidad en el imperial escudo del águila bicéfala que en él campea. La puerta se haya encuadrada por un alfiz, y ofrece ventanales de gracioso trazado, junto a los que aparecen dos escudos de la ciudad, y uno, de mayor tamaño, de los Reyes Católicos, en recuadro de molduras.

Emplazada en la parte sur de la ciudad, la Catedral ha experimentado en el transcurso del tiempo hondas transformaciones. Hay, en efecto, una manifiesta superposición y entrecruzamientos de los más diversos estilos y direcciones artísticas: vestigios árabes, románicos, góticos, renacentistas. Por aquellos ventanales

entró la lechuza
en la Catedral

lechuza que como un mensaje
A Santa María
un ramito verde
volando traía

delicada composición poética de ritmo vivaz e ingenuo, donde Machado ha inmortalizado uno de los rincones nocturnos más sugestivos y encantadores de la ciudad giennense.

Y, luego, aquel intrincado laberinto de callejones empedrados y angostos, aquellas casas solariegas que tan cabalmente pintó Azorín en «Los pueblos». «La casa es grande, ancha; tiene un zaguán un poco oscuro, empedrado de guijos menuditos; sobre la puerta de la calle hay un enorme escudo de piedra; el balcón es espacioso, con barrotes trabajados a

forja; y allá dentro del edificio... se ve un patizuelo claro, limpio, embaldosado con grandes losas, entre cuyas junturas crece la hierba. En la casa reina un profundo silencio».

Presentimos la sosegada andadura del hidalgo que «sale por la calle adelante; sus pasos lentos; su cabeza está erguida altivamente, pero sin insolencia; un cabo de la capa cruza por encima del hombro; y su mano izquierda ha buscado el pomo de la espada y se ha posado en él con voluptuosidad, con satisfacción íntima».

Prosiguiendo esta evocación turística llegamos al Arco del Pópulo, monumento conmemorativo erigido por el Concejo baezano al César Carlos. Forma conjunto con él la Casa del Pópulo, que perteneció a la Cofradía de los Caballeros Hijosdalgo: minúsculo palacio plateresco, donde resplandece la elegancia renacentista sazónada por la gracia española.

Y por último, la Fuente de los Leones, en cuyo centro se yergue mayestática Himilce, espléndido exponente del arte hispánico, consagrada—en el sentir legendario—a Aníbal por sus legiones, allá en Cástulo. Hinchida de aquella dignidad severa y grave que cantó Camacho Padilla:

«Tus ojos quietos están
sobre los cuatro leones.»

La estremecida vibración del «nido» de tu acropolis, Baeza, ha prendido en nuestra alma, ya para siempre enamorada de

«tu paz sencilla o el feliz contento
que muestras en tu humilde señorío.

La voz que de tu antiguo poderío
suenan en el eco de tus calles, lento...»

FRANCISCO RUIZ JURADO

ART E

Gaspar Becerra, pintor

Aunque este gran artista no se destacó tanto en la pintura como en la escultura, también en el arte pictórico demostró poseer valiosas, excelentes dotes. Muchas de sus obras presentan sobriedad de colorido y bellos contrastes, demostrando así su estilo romanista, rico en calidades de dorados ocre que contienen casi todas sus creaciones, siendo esto lo que aportó el pintor a su excelente obra y que demuestra los años que pasó en la Ciudad Eterna, estudiando especialmente las obras del autor de la más hermosa estatua de Lorenzo de Médici.

Los dibujos que se conocen, ejecutados por Gaspar Becerra, dan clara idea del estudio de la Anatomía y constituyen parte muy interesante de su producción artística, siendo ésta bastante extensa; aunque algunas obras se han perdido, quedan lienzos de mérito, como el de Santa Magdalena Penitente, en El Pardo, procedente del Convento de Santa Cruz, de Segovia, que realza su hermosa estética con la pureza de líneas de su dibujo, que brilla en todas sus pinturas, siendo el colorido bien interpretado, principalmente en el cuadro anteriormente dicho, así como otro lienzo, producción del maestro baezano, que titúlase «La Flagelación de Jesucristo», lo mismo que las pinturas al fresco que fueron realizadas en el Alcázar de Madrid, colaborando en ellas Juan Bautista Castello Bergamasco y Rómulo Cincinato en los años 1562-67. También son del expresado artista Becerra, los cuadros de los altares de las Descalzas Reales, de Madrid. Es pues, el pintor de la ciudad de la Torre de los Aliatares el que llena con la radiante luminosidad de su dibujo todo un período de grandeza artística en que su arte ideal, esparcido en iglesias, museos y palacios, llega hoy su recuerdo a nuestra mente, con su pompa de matices, con homogéneas calidades, que perfilan toda su interesante labor pictórica de notables y vigorosas refulgencias.

JOSE SANTIGOSA FUERTES



Purísima del Sagrario de San Andrés (siglo XVI)

La Inmaculada Concepción a través de la Historia

CONOCIMIENTO DE LA ESENCIA DIVINA.—Para conocer la esencia divina, en cuanto en el orden material somos capaces, de ello se nos ofrecen tres procedimientos distintos, pero que se complementan mutuamente: primero, el afirmar la existencia de Dios, de todas las perfecciones que Él ha causado en los seres finitos; segundo, el negar la existencia a Dios de las imperfecciones inherentes a los seres finitos; y tercero, el elevar al grado máximo las perfecciones que se atribuyen a Dios. En efecto, puesto que Dios es causa de todos los seres que no son Él, es preciso que existan en Él todas las perfecciones que las criaturas tienen; puesto que Dios es el Ser por esencia, es necesario que no existan en Dios ninguno de los defectos de las criaturas; y, finalmente, puesto que Dios es el Ser infinito en toda perfección, es preciso elevar al infinito

todas las perfecciones que se prediquen de Dios. Estos tres procedimientos—afirmación, negación y elevación—constituyen tres caminos seguros de alcanzar racionalmente la esencia divina en cuanto está reflejada en las perfecciones de las criaturas. He aquí, pues, la existencia de la perfección pura, que no encierra en su concepto imperfección alguna; perfección pura: la Santísima Virgen María. María, es inmaculada en su concepción; es decir, no contrajo el pecado original; fué reservada inmune de toda mancha de culpa...

La Historia recoge, como una brisa fresca, lo que el viento de las pasiones borró de los caminos que los hombres abrieron en la arena, para eternizar el rango teologal de las grandes cosas. La Inmaculada Concepción—dice Ricardo de San Víctor—es algo inefable..., algo que Dios elevó a las estrellas, alzándola sobre la pureza de su Amor...

Y la Historia es, también, uno de los mejores argumentos teológicos de las verdades cristianas, puesto que éstas han sido las grandes inspiradoras de aquellas. La pluma, el pincel y la gubia, llevaron a la Historia el mejor poema de nuestra fé. Las grandes obras de arte, son los monumentales testigos de una tradición secular. Los arcos y tímpanos de nuestras Catedrales, los imponderables lienzos de nuestros museos, y las sonoras estrofas de nuestros poetas, son páginas brillantes de teología católica; son la primera Bula dogmática en pro de la Inmaculada Concepción, escrita, de siglo en siglo, en piedra, letra y color.

LAS CATEDRALES.—Los monumentos iconográficos de la Inmaculada Concepción, tienen parte de su origen en la Iglesia latina, remontándose algunas muestras al siglo IV. Figuras más determinadas, aunque bastante rudas todavía, se encuentran en los marfiles y miniaturas del siglo X, en Italia: en los mosaicos del siglo XII, en San Marcos de Venecia. El siglo XII, nos presenta una colección de figuras bellísimas, destacando la existente en la majestuosa decoración de Monreale y en la Coronación del Claustro de Silos. El Giotto, nos regala una Purísima «tan señora como bella», en Santa María la Mayor, de Roma, y Orsanmichele del Ocagna, en Florencia, dá a la historia de María Inmaculada, una obra digna de figurar en el Cielo... Llegado el momento de la erección de las grandes catedrales en Francia, Italia y España, la figura de María Inmaculada, se desmorona como un tierno pan de cristal, para figurar en más de 700 iglesias, entre ellas, las bellas catedrales de Florencia, Orvieto, Pisa, Siena. España, la erige millares de iglesias, hasta 32 catedrales, entre ellas la trilogía de las catedrales ojivales: Burgos (*la Ajabada*), León (*la Pulchra leonina*), y Toledo (*la Primada*). Y siempre, siempre, como un símbolo, como una realidad, la Historia presenta a María Inmaculada posando sus plantas virginales sobre las cumbres de las más santas

montañas. *Funaamenta ejus in montibus sanctis*. Siempre alta, para poder mostrar mejor la fortaleza inconvencible de su angélica pureza.

LA LITERATURA.—El soplo religioso es la constante temática en la poesía románica. Herencia de la tradición clásica cristiana de un San Efrén, San Prudencio, San Ambrosio y San Bernardo, ha cultivado en primacía el tema de la Inmaculada Concepción. La literatura italiana, nacida al calor de los laudes populares marianistas del siglo XIII, cantó la pureza de la Santísima Virgen desde Dante a Boccaccio, a Beccari, a Colonna, a Baldi, a Borghi, a Novaro, y más tarde, a Manacordo, Pinuzo, etc.... La Inmaculada Concepción está perfectamente entronizada en los seis momentos estilísticos representados por la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, el Neoclasicismo, el Romanticismo y el Modernismo.

La recatada poesía medieval, glosa los relatos del dogma, y entona gozos con Iñigo López de Mendoza. A ésta precedió la narración detallista del Códice de Silos en el siglo XI.

El Renacimiento emplea la elegancia horaciana y la virgiliana sencillez de Fray Luis de León, en modular himnos de triunfo a la Inmaculada Concepción. El lírico Fray Luis, el mismo que cinceló con estrofas definitivas la «Oda a la Ascensión de Cristo», tiene para María Inmaculada, estrofas en las que se transparenta su amor y fe en la «más pura de las puras».

La profusión del Barroco, hace gala de su agudeza en Alonso de Ledesma, su pompa en Espinel, y el más florido derroche en la franciscana María de Ceo...

El Neoclasicismo queda invadido por «un impresionante dramatismo magnitudinal». Por este cauce discurre la poesía de Reinoso.

Verdaguer, con su «María, siempre pura», santifica, con alado estro, el torrente devastador del Romanticismo. Y la poesía moderna, rinde pleitesía a la Inmaculada Concepción, con los sonetos delicadísimos de Gerardo de Diego y con los suaves mensajes del Padre Ramón Cué, S. J.

LOS PINCELES.—La pintura, también presenta extraordinaria expresividad a la figura de María Inmaculada. Italia nos lanza el paso de la inmensa tropa de sus inmensos pintores que vertieron en colores el triunfo de la Inmaculada: Fray Angélico, Donatello, Lippi, Ghirlandaio, Botticelli, Pinturichio, Perugino, Rafael, Montegara, Fray Bartolomeo, Lotto, del Sarto, Coreggio, Tintoretto, Veronese, Guido Reni, Tiepolo, y el gran Murillo, cuyo lienzo de la Inmaculada ha sido juzgado por Cánova como el cuadro más bello del mundo.

Desde Juan de Juanes, la delicia de Valencia, hasta el arrebató de Valdés Leal; desde Mateo Cerezo hasta la fe cordial del dulce Rubens... Los genios de todas las edades, se consumieron en el fuego del Corazón de María Inmaculada; la música, para cantarla, arrebató a los ángeles el último secreto de sus arpas; la liturgia, con sus magnificencias, se sintió pequeña ante sus esplendores; las acciones más gloriosas, los más sublimes pensamientos y las gestas más heroicas, desaparecen como en polvo convertidos, ante un leve suspiro de la Augusta Madre de Dios. Donde acaba el genio de los hombres, allí empieza la santidad, la grandeza de la Inmaculada Concepción. Inmaculada, siempre: en el monte Ararat, en que se posa en el Arca de Noé después del Diluvio; en el monte Carmelo, prefigurada en la nubecilla que Elías contempla desprendida del espejo azul del Mediterráneo; en la Santa Montaña de Sión coronada de oro y mármol, como el templo de Salomón; en la montaña de Daniel, de la que se desprende la piedra de Cristo que baja rodando a los hondos valles de esta vida, sin la intervención de la mano del hombre... Pura e Inmaculada en el Calvario, sin los velos del simbolismo, como un altísimo valor histórico sobrenatural, coronada con todos los dolores que lleva consigo el alumbramiento de millones de hijos a la vida de la Gracia... Así, la Historia, descorre velos de misterio para dar paso a la verdad diamantina del dogma de la Inmaculada Concepción, vida y luz en el alma del genial Pacheco, cuando la lleva al lienzo que más tarde fué admirado en la sacristía de la catedral de Sevilla; vida y luz, también, en el alma de Fray Juan Interián de Ayala (1730), el que aprovechándose de los tratados anteriores, dió la pauta para representar debidamente a la Inmaculada: «El que pintare mejor y con más viveza la señal (mujer) que describe el evangelista San Juan, éste será, también, el que pintará mejor y más propiamente la Inmaculada Concepción de la Soberana Señora...» Y, fuego de amor en el corazón de Murillo, que en su tela del Museo del Prado deja, al fin, triunfar poéticamente a la Virgen Inmaculada y a la estética despreocupada; de esta visión de belleza celeste queda excluida la serpiente, inservible ya para realzar los tonos claros de la pureza.

Alfonso LOPEZ MUELA

LA CASONA DEL CALLEJON

(RECUERDOS DE NAVIDAD)

Cuento por X. Y. Z.

Es la tarde del día de Pascua y el cielo tiene el mismo color gris de la casona cuyo blasón, anclado en la jamba del portalón, es cada día más indescifrable. El viento silba una música extraña entre los guijos del callejón por el que nadie cruza en esta hora, anterior al crepúsculo. La atmósfera, helada y neutra, de las calles, llena también las habitaciones de la mansión solariega en las que sólo el silencio se oye.

Los habitantes han huído lejos del ambiente cargado de memorias ya pasadas, de objetos viejos y de polvo por los rincones. Los hombres están desde hace rato en la tertulia diaria y las mujeres han reanudado sus comentarios habituales en casa de sus amigas favoritas. Los niños han escapado al «matiné» y las criadas retozan en la puerta de la cuadra con algún mozo de buen plante. Tan solo la vieja señora se ha quedado sentada en su butaca, frente a la camilla y junta al Belén de sus nietos. Sumergida en la atmósfera de sus recuerdos todavía vivos, en lo que sigue siendo, aunque ya apagado, su hogar en el que transcurre una vida íntima e inmóvil.

Aquella habitación de confianza en la que medita en la tarde navideña, es como el centro magnético al que han confluído todos los puntos geográficos de su existencia, desde el día en que entró a ser la dueña de la casa antañona, cogida del brazo de aquel pariente lejano que se transformó en su marido ante la importantísima razón de que las tierras que uno y otro habían de heredar «juntaban lindes», cosa bien capaz de lograr, como ocurrió, la reunión de todos los esfuerzos familiares para conseguir el enlace. Bien era cierto que también era a gusto de la novia de entonces, porque, aparte de que el elegido no era un chico ni feo ni aburrido, le cumplía el anhelo máximo de cualquier mujer de su esfera y de su tierra: casarse apenas llegada a la adolescencia.

A la espalda del sillón, donde ahora la anciana reúne sus recuerdos, está la puerta de cristales que separa el cuarto de estar de la alcoba principal de la casa, la que, aunque sus ojos estén perdidos en dirección contraria, llena todo el campo visual de su pensamiento con aquella inmensa cama matrimo-

nial en la que había conocido por primera vez, temblando de miedo, al esposo; donde había sentido, desgarrándose de dolor, por primera vez el llanto de sus hijos. Pero esas entrañables imágenes se desvanecen ante el cuadro horrible de una tarde, vísperas eran de Navidad, en la que en la cocina se hacía la matanza y por doquier se cantaban villancicos y corría el vino y en la que al subir a su cuarto encontró su propia cama profanada por su mismo marido.

Creyó que el mundo se había hundido entonces para ella. Parecióle que la vida tenía su curso. Tan solamente, el frío, que esta vez hería sin clemencia no tan solo su cuerpo sino también su alma, le recordaba que estaba en Navidad. En la segunda Navidad de su matrimonio.

Pero en aquellos días, tan distintos de los actuales, era joven y fuerte y se hizo la ilusión de sentir amor, por sugestión más que por nada, tenía también la seguridad de poseer un inmenso y heredado caudal de orgullo. Por eso sonreía impávida a las visitas que llenaban el salón de respeto para «dar las Pascuas», intentando que «aunque ardiera la casa, no se viese el humo» o, por lo menos, que si diestros vigías de Casino lo columbraban, se disipase pronto.

La voluntad cicatrizó la herida del sentimiento. Habló entonces la razón y dijo que no iba a ser el marido de carne distinta a la de los demás hombres (bien cerca había visto ella el ejemplo de su padre y sus hermanos), que tomaban a gala, no a deshonor, el que por tales motivos se ocupasen de ellos en las charlas de «churreteo». Al fin y al cabo, esto era también un consejo del amor propio, una señora no debía de tomar en cuenta a unos pingajos.

La vida, día tras día, insensiblemente, volvió a sus cauces y hasta nuevos hijos, fruto de la costumbre, vinieron a aumentar la familia. Pero el fuego de aquella pena secó para siempre las lágrimas en los ojos de la esposa niña, que desde entonces no supieron llorar.

Pasaron, sin parecer que cambiaban, los tiempos, pero en los que transcurrieron después la inquietud iba marcando, día tras día, el signo de las vidas. No se podía ya tener

seguridad en la posesión de las tierras y las cosechas, ni siquiera salir a la calle sin la pistola al cinto. Con estas cosas el dinero escaseaba y aumentaban los gastos por culpa de la política.

Muchas noches escuchaba ella discutir agriamente a su marido, en el despacho de la planta baja con los colonos y manijeros, imputándose mutuamente, en la charla la mala marcha de los campos. Por eso no le extrañó el que una de esas veces, en el tiempo de la recolección de aceituna, aniversario, precisamente, de otra de triste recuerdo, en la que también los niños pedían el aguinaldo al son de los villancicos, la criada viniera a decirle que «el señor quería hablarle enseguida». Se puso un abrigo sobre el camión y una armadura sobre su espíritu porque ya sabía cuál iba a ser el tema de la conversación.

De todas formas la entrada en el despacho la impuso. Parecía que veía ante sí un ser extraño. Sus pupilas enrojecidas, sus cabellos en desorden, aquella mirada turbia evocaron en la mente de ella imagen de los hombres que había entrevisto a deshora salir de los colmados y sugeríanle la idea de que alternando en mostradores de taberna sufría el señorío alguna más influencia que la de aficionarse al «peleón». Pero una intuición, creada por una experiencia atávica la enseñaban a tratar a las personas en tal estado de embriaguez y desesperación.

Su cara se revistió de impasibilidad, ex-

cepto sus ojos que adoptaron una expresión de reto, y sin decir palabra se sentó frente al marido. El, aunque su pronunciación era vacilante, habló poco y claro; se limitó a decirle que había que vender el cortijo que ella había recibido como dote. La contestación fué aún más breve y explícita: un «no»

La masculinidad elemental del hombre reaccionó con la violencia que era de esperar. Unos dedos de acero inmovilizaron como garfios unas blancas muñecas. Pero ahí terminó su éxito, porque no consiguieron mover aquellas manos, tan débiles en apariencia, hacia el pliego escrito que querían obligarles a firmar.

Un minuto después, el tiempo, en alianza con el alcohol, daban a la figurilla frágil, que se aferraba a lo suyo con la fuerza con que los olivos de su heredad estrechaban la seca tierra entre sus raíces, el triunfo sobre masa de músculos que se debatía bajo el peso de la borrachera provocada, bajo la que había querido ocultar su vergüenza.

Se distendieron entonces los músculos del rostro femenino en una imperceptible sonrisa. Suavemente libró sus brazos, y de puntillas regresó a su alcoba, ocultando su victoria tan discretamente como había ocultado sus muchas humillaciones, que ahora quedaban definitivamente vengadas.

En este preciso momento era cuando las remembranzas de la señora tomaban sesgo diferente porque evocaban un momento de su vida en que la decisión de su existencia





se hizo por caminos diametralmente opuestos a los que siempre habían seguido.

Hasta el tiempo era diferente porque aquella estampa, la más arroz y más hermosa a la vez, de su vida tuvo lugar en el verano siguiente a la amarga entrevista del despacho. Ocurrió en el patio de la casona del callejón en una media noche de julio en que la mies amontonada en las eras perfumaba un aire que, a veces, soplaba con calma perezosa.

Los esposos reposaban en rincones distintos, callados sepulcralmente, como estaban siempre desde su escena de ruptura. Encastillados en su personalidad, aún a pesar del común peligro que presentían.

De repente, alguien violentó las puertas. Eran unos hombres que, a golpes de culatazos rompieron las cerraduras... Los dos esposos, al primer ruido, despavoridos, se levantaron al tiempo y cuando, cuerdas groseras y manos negras, atenazaron las manos de él, las de ella cogieron sus hombros, y sus labios, instintivamente, buscaron la cara del marido que también la besaba con el más sincero y amplio beso que jamás dió en su vida. Mutuamente observaron los dos que sus miradas respectivas adquirirían una pureza anterior al momento en que habían pecado por primera vez. Era que sabían por primera vez también despreciar su propio egoísmo ante el riesgo que el otro corría. Era que por única ocasión comprendían que todo el daño de aquel momento venía de que ni ellos, ni nadie habían conseguido superar su salva-

je «yo». En fin, era que por sola esa vez sabían decir, sin palabras, «tu».

Violentemente se llevaron al hombre. Vacíos quedaron los brazos de la mujer; y las tinieblas se rasgaron con el fuego de unos disparos. Entonces fué cuando las tristes sombras se transformaron en la noche iluminada de la Gran Expiación.

Más cuando las aguas volvieron a sus cauces las horas vulgares difuminaron el vigoroso contorno de la singular Hora Heróica. Las ocupaciones de cada día hacían olvidar la transcendental preocupación.

Parecía que las cosas se centraban otra vez. Los hijos abandonaron sus estudios sin acabarlos (esto era tradicional en la familia), pero, tras algún peligroso escarceo, eligieron al fin, mujer entre las muchachas de su esfera. Las hijas tuvieron bastante suerte, y consiguieron casarse con muchachos convenientes, escapando de la mácula de soltería, tan temible para las meridionales. La hacienda, aunque mermada, con apuros y créditos se desempeñó. Las conversaciones y los pensamientos volvieron a girar sobre las cofradías de Semana Santa; sobre los bailes de la feria y sobre las aburridas y familiares comidas del día de Navidad, en el que el cielo tomaba el mismo color gris de la casona, cuyo blasón anclado en la jamba del portalón, era cada día más indescifrable; y en el que el viento silba una música extraña al pasar entre los guijos del callejón. Pero esa música se parece a una voz lejana e inolvidable que resucita los recuerdos y que exige... lo que nadie quiere satisfacer.

Sobre las obras del Claustro de la Catedral

Varios comunicantes, unos por carta y otros verbalmente, nos han preguntado sobre ciertos aspectos de las obras de restauración de la Catedral de Baeza. Todos están de acuerdo en estimar dichas obras loables por todos conceptos. El retundido de sus muros y columnas haciendo desaparecer la capa de cal que los cubría, la desaparición del coro central y su colocación en el altar mayor, con lo que el templo gana en capacidad y grandiosidad de perspectivas, es unánimemente celebrado y bien acogido por todos ellos.

Pero hacen una pregunta de bastante «intrínscala». Se refieren a las obras del claustro y concretamente al muro de ladrillo que se ha levantado en la pared sur, dejando como acceso a las tres capillas allí existentes, dos góticas y una árabe, —probablemente un mirhab de la antigua mezquita—, unas pequeñas puertas sin grandeza ni sentido artístico alguno.

Todos esperaban, y BAEZA también, que se aprovechara esta ocasión para derribar los muros que cegaban sus arcos de acceso y se restituyeran a su carácter originario de capillas claustrales esas dependencias, en los úl-

timos tiempos de nuestra Catedral dedicadas a vestuario de capellanes.

Con gran sorpresa hemos visto, que en lugar de ello, se ha levantado un nuevo muro, que solo ha respetado las pequeñas puertas de acceso allí existentes.

En el deseo de satisfacer la curiosidad propia y la de nuestros lectores, hemos tratado de indagar las razones de esta parte de la obra. Visitamos la Catedral y preguntamos al contratista. Por toda respuesta se nos dijo «que eran órdenes de la dirección técnica».

A pesar de que la técnica nos inspira cierto temor reverencial, nos atrevemos a preguntar desde estas páginas, si habría alguna posibilidad de concordar las exigencias de la técnica con las artísticas e históricas, pues estamos convencidos de que el arte y la historia exigen en este caso, la devolución a esas reliquias arquitectónicas de su primitivo rango de capillas. Ahora la técnica tiene la palabra y rogamos se nos diga, si tan poderosas son las exigencias constructivas, como para dejar en el ostracismo de la ocultación, la parte más antigua y por tanto de más valor histórico de nuestra Catedral.



Vistas de las obras del claustro

NOTICIARIO BAEZANO

Visitante ilustre

Visitó nuestra ciudad en viaje turístico el ministro plenipotenciario de S. M. el Rey de Suecia en España, Sr. Wibhell Wintler, acompañado de su esposa.

Fueron recibidos por el Sr. Alcalde de la ciudad, y en su compañía recorrieron los monumentos de nuestro pueblo y demás lugares de interés artístico e histórico, quedando gratamente sorprendidos por las desconocidas bellezas de nuestra ciudad y expresando a nuestro Alcalde, de manera muy expresiva, su agradecimiento y felicitación.

"Cáritas" americana, en Baeza

Se han recibido en nuestra ciudad, dos mil quinientos kilos de leche en polvo, obsequio de la organización americana «Cáritas».

Serán distribuidos por los Comedores Escolares de primera enseñanza entre sus alumnos necesitados.

Precio del aceite

Por la Junta de precios del aceite, integrada por representantes de cosecheros y fa-

bricantes se han realizado las pruebas necesarias para fijar el precio del aceite durante la actual campaña.

El fruto ha dado un rendimiento de 22,80 por ciento de aceite, pero a la hora de cerrar nuestra edición, aún no ha habido acuerdo sobre el precio que se ha de fijar a la aceituna, por lo que se espera la decisión que tomen los organismos provinciales del ramo.

Festividad de San Andrés, Patrón de Baeza

En la iglesia de San Andrés, se celebró la conmemoración del 728 aniversario de la Reconquista definitiva de nuestra ciudad, por las huestes del Rey de Castilla D. Fernando III el Santo, el día 30 del mes del de Noviembre de 1227.

Se celebró una solemne función religiosa que fue presidida por las autoridades y Corporación Municipal, en pleno, bajo mazas.

Fallecimiento

Víctima de penosa enfermedad, ha fallecido, en Ubeda, D. Mariano Sanjuán Sanjuán, Juez Comarcal de nuestra ciudad.

Enviamos a sus familiares nuestro más sentido pésame.

Sumario

Editorial: Mensaje de Navidad.—Exaltación de la mujer española, por Antonio Taus-te Ortega.—«Obras son amores...».—BAEZA pregunta.—Cooperativas y Fabricantes de Aceite, por Rafael Vañó Silvestre.—El deber de la conciencia, por Verindeart.—Cuatro versiones de la leyenda al escudo de Baeza, por Pedro Ponce Llaverio.—Buenos Aires, por Manuel Fernández Peña.—Baeza en la meditación y en el recuerdo, por Francisco Ruiz Jurado.—Gaspar Becerra, pintor, por José Santigosa Fuertes.—La Inmaculada Concepción a través de la Historia, por Alfonso López Muela.—La Casona del callejón, por X. Y. Z.—Sobre las obras del claustro de la Catedral.—Noti-ciario baezano.

Portada: «La Epifanía», fragmento de un retablo del siglo XV de la Iglesia de San Andrés, de Baeza.

Fotos: Baras, Cristóbal, «Como Tu» y archivo.—Dibujos: Domingo Molina y Millán. Editado por: «Gráficas Bellón», Ubeda

PRECIO: 15 PTAS.

INVIERNO, 1955



La puerta del Barbudo

A los pies de la bella gracia plateresca de la torre de las Escuelas, como arbotante de su fé universitaria hecha de silogismos tridentinos, está la vieja puerta del Barbudo, con la tosquedad primitiva y románica de un clérigo medieval.—Humilde portón en la muralla de piedras carcomidas por los siglos, ha visto desfilar ante él, desde la algarra almohade, hasta la mocedad del Instituto de nuestros días, en busca de las crujientes rosquillas recién salidas del horno de la cuesta. Es un ojo gigante, cuya retina inmóvil e impasible, ha reflejado un milenio de la vida baezana. El vió salir al maestro de Alcántara, D. Martín Yáñez de la Barbuda para morir en un caballeresco duelo de romancero con los moros granadtes. Absorto, contempló la consagración cristiana de la mezquita lindera en capilla de San León, hecha por obispos de cruz pectoral sobre guerreras cotas de malla. Sus piedras, devolvieron el eco de los cánticos entonados al compás de música de ministriles, por la solemne comitiva de la traslación de la Universidad, desde la vieja escuela al edificio nuevo y más de una vez, la hiedra de sus muros fué estremecida por el aire vivaz del manteo de algún sopista, huyendo del enfurecido domine o persiguiendo linda tapada. Rincón siempre apto para conciliábulo de celestinas, nunca traspasó esta puerta un caballero, sin que las plumas de su chambergo dejaran de barrer el suelo, al conjuro de la lápida de la hornacina de la Virgen, con el clásico. «No te pases pecador, sin saludar a María, si quieres que tus penas, se conviertan en alegría».

(Fotos Como Tu)